

Fantasías de la escena masoquista

Delia Torres de Aryan
Raquel Duek de Escandarani

“Todos los textos son borradores. Los textos definitivos son sólo fruto de la religión o del cansancio.”

G. Deleuze

Introducción

El problema económico del masoquismo continúa hasta hoy siendo un problema. La insistencia en resaltar su índole económica contribuye a obstaculizar la comprensión de la complejidad de este concepto. La construcción mediática a través de artículos o noticias de actualidad despertó nuestro interés por reflexionar e intentar articular algunas ideas respecto de ciertas prácticas de la sexualidad humana y su vinculación con fantasías masoquistas.

Explícitamente sexuales o no, consensuadas o no, las prácticas a las que nos referiremos son definidas y vinculadas en el imaginario colectivo con una ecuación que atribuye sólo a lo cuantitativo la razón de un supuesto aumento de placer.

Una de ellas es conocida como “hipoxifilia”, una técnica de estimulación sexual no convencional que gravita en la reducción del oxígeno que llega al cerebro y de esa manera se considera que intensifica el orgasmo. La asfixia con intención erótica se documentó a principios de 1600, cuando se usó como tratamiento para la *disfunción eréctil* y la impotencia. La observación de que algunos condenados ejecutados en la horca presentaban una erección, que persistía a veces

incluso después de la muerte, sentó las bases empíricas del inicio de esta práctica.

La hipoxifilia como juego sexual se lleva a cabo mediante la compresión del cuello con las manos o ajustando un cordón alrededor de la garganta hasta percibir que disminuye el pasaje del aire.¹

El imaginario añade que, unos minutos antes de perder el conocimiento, el sujeto interrumpe el juego para iniciar un nuevo ciclo de características similares. Cuando se produce la muerte por efecto de una asfixia que no pudo ser controlada, los medios suelen atribuirle a un suicidio u homicidio que rápidamente pasan a ser consideradas acciones dudosas. La narrativa con que son presentados los hechos favorece además la construcción de historias que organizan el desconocimiento y la incertidumbre ante hechos vivenciados como extravagantes y repulsivos. “*Estrangulan a una mujer con la cinta de su bata*”, “*Encontraron a un hombre muerto, desnudo, colgado de un cinturón al barral del placard*”.

La disminución de oxígeno es también la meta de un deporte llamado “apnea”, buceo libre o a pulmón, que lleva al límite la resistencia humana de permanecer sin respirar bajo el agua. El control sobre la respiración requiere un dominio sobre la propia naturaleza para poder alcanzar récords mundiales de 11’ 35’’ de inmersión o 124 metros de descenso.²

El erotismo del dolor o “algolagnia” suele ser lo característico del masoquismo como en el *fisting* o *fist-fucking*,³ por ejemplo. En las prácticas mencionadas no hay sufrimiento físico sino una forma simbólica del dolor manifestada como suspenso masoquista en la variante de la postergación y la sumisión. Se sustentan en una fantasía

¹ Hemos observado que la amenaza de muerte inminente está específicamente asociada al cuello como zona erógena. Es así que, cuando alguien hace referencia a un bebé que nació con circular de cordón, lo acompaña con un gesto de compresión de un cordón imaginario en el cuello cuando éste suele arrollarse en torno a una extremidad. Es la presión en el cordón la que ocasiona “sufrimiento fetal”, cuando queda impedido el flujo normal de las sustancias que circulan por su interior.

² Datos tomados de AIDA: International Association for the Development of Free Diving (2010).

³ Introducción parcial o total de la mano en el ano o la vagina de la pareja.

omnipotente, parecen responder a una actitud militante, ideológica de soportar la tensión. “*Cuanto más... más*”, “*¡atrévete a experimentarlo!*”

La “sexualidad tántrica” se incluye también en esta línea de prácticas eróticas cuyas técnicas y rituales permiten que los hombres prolonguen su satisfacción orgásmica casi indefinidamente. Elevan su nivel de sensibilidad al alcanzar el punto culminante después de un control eyaculatorio, de ser posible de horas, exigiendo la misma condición a su pareja. Como en la anoxia, la máxima tolerancia de tensión es supuesta como garantía de un incremento mayor del placer.

La disminución de oxígeno se observa en otros contextos. Como actividad dominante existió en la tortura o suplicio, penosamente conocido entre nosotros como “submarino seco o húmedo”. A diferencia de las prácticas citadas, se trata de una “tarea” no consensuada en donde se inflige dolor impuesto como escarmiento, con la idea de participar y servir a los ideales de una causa justa, por ejemplo defender a la patria de enemigos a través del castigo. En tal caso hay un tercero real que autoriza la práctica y se sustenta en un imaginario social compartido por muchos.

La algolagnia es una de las formas de masoquismo, tal vez ni siquiera sea la más frecuente como sí lo es un elemento que se suma a la composición masoquista: los comportamientos de esclavitud y humillación. Asimismo hay algolagnia sin masoquismo, como en el caso de una paciente que con asombro relató haber tenido orgasmos durante el momento de expulsión en sus partos.

El masoquista vive con sus fantasías en un mundo inexplicable. Para habitarlo, no vacila, y excede los límites de lo posible. Los psicoanalistas también podemos quedar atrapados en una dimensión cuantitativa sobreestimada y descuidar el preludeo de la escena masoquista subtendido por fantasías con las que se construyen las escenas y sus relatos subsecuentes.

Algunos relatos

Una mujer en análisis acude a una sola entrevista con un profesional “experto en perversión” para revelar, luego de algunos rodeos, el

secreto de sus conductas de estrangulamiento erótico de las que no está al tanto su analista. Necesita comunicarlas para dar a conocer lo que considera su punto de angustia: a raíz de haber sufrido tres desmayos producto de los ahorcamientos, le preocupa que ellos puedan ocasionarle un daño neurológico. El temor a nuevos desmayos devino en un ataque de pánico, motivo de la consulta. Afirma que no quiere renunciar a esta práctica que defiende como baluarte de su máxima satisfacción. El profesional consultado le informa la inconveniencia de tener encuentros “*a espaldas de su análisis*”. La intervención produce un efecto: la mujer le informó telefónicamente que llevó el tema a su analista por primera vez.

Una paciente divorciada conoció a un hombre que reunía muchas de las características deseadas por ella. En sus sesiones hablaba con entusiasmo de esta relación como posible proyecto compartido hasta que llegó la propuesta tántrica. La pareja no prosperó, el hombre en cuestión le impuso una sexualidad que quedaba condicionada a que ella no accediera al orgasmo espontáneamente. Le propuso un contrato reglado que ella, entre asustada y sorprendida rehusó.

El film “El gran azul”,⁴ trata la rivalidad deportiva entre dos célebres competidores de apnea. El personaje de Jacques (en la vida real el campeón Jacques Mayol) busca el amor, la familia, la integridad y el significado de la vida y la muerte. En una clara declaración de su amor por el mar, narra un cuento:

“¿Sabes cómo es lo que tienes que hacer para encontrarte con una sirena? Bajas al fondo del mar, donde el agua ya ni siquiera es azul y el cielo es un recuerdo. Flotas allí, en el silencio y te quedas allí y entonces decides que morirás por ellas. Sólo entonces empiezan a salir y te saludan y miden el amor que sientes por ellas. Si es sincero, si es puro, se quedarán contigo y te llevarán con ellas para siempre.”

Así, en ese tiempo retenido en el que una mujer sirena atrae y

⁴ Luc Besson, premio *Académie Nationale du Cinéma* (1988).

fascina, los practicantes de la falta de oxígeno, y debido a ella, suelen presentar diversas manifestaciones neurológicas como temblores, “sambas”, pérdida de conocimiento, convulsiones que anuncian el peligroso borde de un viaje sin retorno: la muerte.

Debemos enfocar estos juegos sexuales y apneicos en su unidad y sentido, en aquello por lo cual son lo que son y a lo cual obedece su racionalidad, que es la fantasía inconsciente que los sustenta. Como veremos, tienen carácter subversivo porque están al servicio de denegar o desmentir la ley del padre. Se enmarcan dentro del masoquismo y nos resulta un claro ejemplo del problema que se le planteara a Freud cuando quiere postular el masoquismo primario dentro del modelo económico vinculado al principio placer-displacer.

Espera, suspenso, provocación, contrato, denegación, fantasma de madre idealizada, no lugar del padre, la muerte. Esta constelación masoquista descentra la idea popular cuantitativa de la anoxia y la algolagnia como incrementadoras de placer y a los fines de este escrito entendemos que nuestra perspectiva debe ser necesariamente metapsicológica.

G. Deleuze (2008) en su denso trabajo sobre masoquismo multiplica nuevos y creativos interrogantes. Desarrolla lo que considera una necesaria disolución de la complementariedad entre sadismo y masoquismo, no hay una derivación genética posible entre uno y otro. Emprende entonces un análisis de las dinámicas sádica y masoquista para eliminar toda confusión respecto de una supuesta unidad. Cada una de ellas es una entidad clínica que tiene características singulares y propias. Las analiza internándose en “lo frío y lo cruel”⁵ desde la perspectiva de las obras literarias de Sade y Sacher-Masoch, a quienes considera los grandes clínicos del sadismo y del masoquismo. El fantasma es fundamento de la creación literaria y la constitución de los síntomas. De su aporte tomaremos fundamentalmente lo que concierne al masoquismo.

⁵ Recordemos la tercera pregunta de “Turandot”: “¿Qué es lo que quema como el hielo, y cuanto más frío es, más quema?”. El príncipe responde: “Turandot”.

“Había una vez tres mujeres...”

Masoch describió en sus novelas la asociación de voluptuosidad con el sometimiento a crueldades y malos tratos inflingidos por otra persona.

En la escena del masoquismo se reitera la presencia real o fantaseada de una mujer llamada “*mujer verdugo*” (Reik, 1963). ¿Por qué siempre una mujer? Porque el padre de esta escena está denegado como portador de la ley. La madre, objeto original del amor, es el residuo y la evidencia de la constelación edípica, a cuyas espaldas se encuentra el padre denegado. “*Existe una gran variedad de prácticas y fantasías. Pero cada vez que hemos tenido la oportunidad de estudiar un caso, hemos encontrado al padre o a su representante escondido tras la figura de la mujer verdugo*”. (Deleuze, *op. cit.* p. 25)

¿Cómo y por qué erige el masoquista a una mujer como verdugo?

El masoquista construye un retrato fantasmático que condensa tres mujeres:⁶ una sádica, otra primitiva y la oral. Esta fantasía es la que sostiene, da sentido y perpetúa sus prácticas. Consideremos sus características.

La sádica amante, se complace en hacer sufrir, actúa impulsada por la relación con un hombre al que toma como cómplice o como víctima. Esta mujer sádica porta una historia edípica que se condensa y cristaliza en la fantasía de la escena masoquista. La escena real o fantaseada es la de un padre que humilla a su mujer y/o a sus hijos mientras la madre se mantiene en silencio cómplice. El masoquista reacciona con una operación psíquica: aloja al padre en su interior que

⁶ Freud se ocupa en del tema de tres mujeres en “El motivo de la elección de los tres cofres”, (1913), a partir de la obligación de elegir entre los tres y la opción por el tercero y menor. Relaciona en “El mercader de Venecia” los tres cofres entre los que Porcia tiene que optar: oro, plata y plomo, con la escena inicial del “Rey Lear”, donde la elección entre tres mujeres también recae sobre la tercera de quien señala ciertas particularidades tales como la palidez y el silencio. Concluye que éstos son atributos de la Muerte, de las tres Parcas, la tercera de ellas, Tropos, corta el hilo de la vida; de allí que, en la escena final de Lear, cuando el rey entra con el cadáver de Cordelia entre sus brazos, Freud ve la elección obligada del hombre por la muerte. “Sólo la tercera de las tres mujeres del destino, la llamada diosa de la muerte, lo acogerá en sus brazos”. También hay tres mujeres, en “Juicio a Paris” (Hera, Atenea y Afrodita) y Cenicienta, entre otros relatos.

queda representado por el masoquista, y es el hijo masoquista quien, en el hacerse pegar por la madre, castiga al padre, la semejanza del padre que está guardado en él (Leivi, 2009). Deleuze lo afirma: “*el fantasma masoquista es no tanto ‘un niño es pegado’ como un padre es pegado*” (Deleuze, *op. cit.* p. 103).

Otra mujer es primitiva, hermafrodita, aunque dominante en su principio femenino, vive para el instante del amor y la belleza, es sensual, ama según sus caprichos, sus relaciones no son estables, genera desorden, denuncia lo instituido, destruye las entelequias del hombre, el matrimonio, la moral, la Iglesia, el Estado. Es anterior al nacimiento, cloacal,⁷ uterina, prostituta y hetaira.⁸

Una tercera se ubica como péndulo entre estos dos extremos de atracción y repugnancia. Es la mujer oral, la que amamanta, reprime la sensualidad; es quien, aunque muda, tiene la última palabra, es fría, porta la muerte. En ella se condensan las otras dos y es de las tres, la que subsiste y triunfa como la gloriosa madre oral, la mujer sirena que merodea en lo hondo del mar.

Las tres mujeres—edípica, primitiva y oral de la fantasía básica—son figuraciones de la madre con un triple rostro. Constituyen en el masoquista una fantasía de “Ideal de Mujer” a la que le gusta torturar y hacer y ver sufrir, es la mujer verdugo en lo real. La estructura que predomina en el masoquismo está formada por el Yo narcisista con el Yo-ideal la que es opuesta al sistema Superyo-Ideal del Yo.⁹ El masoquista idealiza a la madre que conforma al Yo Ideal, se identifica con este Yo Ideal destruyendo al Superyo, lo que lo lleva eventualmente a un estado de manía.

Ese ideal masoquista es la fría alianza entre el sentimentalismo y la

⁷ La cloaca primitiva del embrión se divide en un conducto ano rectal, y una porción urogenital.

⁸ Las *hetairas*, eran las únicas mujeres de la antigua Grecia educadas que podían tomar parte en los simposia; sus opiniones y creencias eran muy respetadas por los hombres. Comentario: es posible que estas mujeres fuesen consideradas prostitutas por el hecho de ejercer libremente su sexualidad, además de sus derechos y obligaciones civiles.

⁹ Entendemos por Yo Ideal al propio Yo idealizado e Ideal del Yo a las propuestas que el Superyo ofrece como modelo al Yo. El Yo quiere cumplir con ellas sin lograrlo, generándose distintos estados de tensión.

crueledad. “He aquí la trinidad del sueño masoquista: *frío-maternal-severo-, helado-sentimental-cruel.*” (Deleuze, *op. cit.* p. 54). Es una mujer llena de ira, puede azotar, lapidar y sin embargo es cariñosa y alegre. Entendemos aquí que lo frío, lo helado, la muerte se refiere al Yo frío sin Superyo ni sexualidad, autosuficiente, partenogenético cuya consigna sería “Dios ha muerto”.

El héroe masoquista forma y disfraza de verdugo a una mujer, pone en su boca las palabras que ella le dirige, es decir habla como víctima a través de su verdugo. La sumisión del masoquista a esa mujer, los tormentos en el cuerpo y la muerte que experimenta, el sentimiento religioso, místico, la ascensión al Ideal son, por transferencias o desplazamientos, los diferentes niveles en que simultáneamente se representa la escena masoquista. La naturaleza de la mujer verdugo no es sádica, no tiene esa vocación, por eso no siempre puede cumplir con el rol para el que se la instruye, falla por exceso o por defecto. No es un personaje masoquista pero pertenece al masoquismo, es el elemento realizado del fantasma masoquista, el masoquista la “masoquiza” y ella se torna “masoquizante”.

Un pensamiento conocido como lo es el de M. Klein, justamente nos permite dar a entender a Deleuze. Alude a la dinámica de la identificación proyectiva. Desde esta perspectiva podría señalarse que el masoquista identifica proyectivamente su sadismo en la mujer verdugo, propuesta que sostiene la articulación sadismo-masoquismo. Sin embargo, el masoquista no identifica proyectivamente su sadismo en la mujer verdugo sino su propio masoquismo, y no se trata de que la mujer verdugo sea propiamente masoquista.

Para ilustrarlo, resulta interesante pensar el ejemplo de la “dominatrix” (“soberana o señora” en español), que se dedica profesionalmente a ejercer tareas de dominio y sumisión requeridas por su cliente. Comparte con la mujer verdugo el que no sea estructuralmente sádica y el control que tiene que ejercer sobre sus relaciones sexuales o sociales dentro del contrato que se estipula entre las partes. La mujer verdugo es nunca-poseída-del-todo y la dominatrix profesional no se involucra en ningún tipo de contacto sexual con sus clientes; es una profesional del látigo, no del encuentro genital.

Carlos Castilla del Pino (1973) en el prólogo a *La Venus de las pieles* de Sacher-Masoch, expresa que el masoquista tiene como tarea descubrir las eventuales instancias sádicas de la mujer verdugo, Wanda en la novela. Sostiene la idea de que el masoquista hace depender de sí al sádico y que esas relaciones de dependencia son recíprocas, lo cual implica nuevamente sustentar la clásica polaridad sádico-masoquista. Sin embargo si Wanda hubiese sido sádica no podría haber aceptado la dependencia al partenaire masoquista.

Desde la perspectiva deleuziana, el rol del sádico es el del dominador, no le interesa su víctima, la ignora. La perspectiva sádica tiene una estructura diferente desde Deleuze, trata de demostrar que el razonamiento con su perfecta lógica y su poder de persuasión es, en sí mismo, una violencia al servicio de los violentos. El sádico en su soledad y omnipotencia se presenta como la demostración misma en la que se borra el significante, el que es sustituido por una demostración matemática, como en un teorema, donde todos entienden lo mismo. Lejos de toda forma de convencimiento, el sádico es indiferente a que se comparta su razonamiento, él se dirige a descargar su sentimiento de poder en alguien. Su lenguaje no acepta la relación del que habla con un interlocutor. Las violencias que sufren las víctimas son imágenes de una violencia “superior”, como testimonia la demostración.

El contrato masoquista

El contrato es un elemento de la estructura masoquista que no puede faltar, es otra de las piedras de toque de la diferencia con el sadismo. El contrato que establece el masoquista confiere a la madre el poder simbólico de la ley que fue sustraído al padre.

El masoquista no es un psicótico porque pone en vigencia esa ley por medio de contratos donde explicita los tormentos a los que será sometido. La víctima habla a través de su verdugo sin reservas. El masoquista, reiteramos, parece educado por la mujer autoritaria cuando en verdad es él quien la forma y le sopla las duras palabras que ella le dirige. A diferencia del sádico, quien rechaza necesariamente todo contrato porque quisiera destruir sin control alguno y sólo se demues-

tra a sí mismo, la víctima masoquista necesita un verdugo al que requiere educar y persuadir. (Deleuze, *op. cit.* p. 25, 27)

Revisemos la mencionada propuesta de sexualidad tántrica. A primera vista nos inclinamos a ver en la actitud del hombre un rasgo tiránico, sugiere un proceder donde prevalece su voluntad sin que importen los deseos de su compañera. Es a ella a quien le impone una actitud de sumisión y obediencia. Si su provocación hubiera encontrado en la paciente una respuesta afirmativa, la situación se hubiese revertido. La habría inducido a forzarlo a sostener la postergación como condición para satisfacer el deseo, postergación sustentada en una denegación que suele comprometer al orgasmo mismo. Alcanzaría una meta masoquista por medio de un sabotaje (Reik, *op. cit.* p. 83), Lacan (1967) diría de él que “*es un malandra*”. De esa manera, el masoquista actuaría el sometimiento en la escenificación del deseo, lo que equivaldría a la segunda fase de la fantasía inconsciente de “Pegan a un niño” (Freud, S., 1919): “Yo soy golpeado por mi padre”.

Tres denegaciones

Entendemos que el masoquismo se organiza en torno a una denegación que anula el lugar del Padre. El padre no desempeña ninguna función, el padre está alojado dentro del masoquista para ser castigado, golpeado, torturado y ridiculizado en la figura de la víctima.

“Pegame más que no me duele”, le dice el niño o joven desafiante al padre o autoridad que lo representa cuando es sancionado.

“Pegame más que no me duele”, le dice el masoquista provocativamente a la mujer verdugo mientras se ríe, “total a quien estás pegando es a mi padre que está en mí”. No es “Yo” a quien le duele: una probable respuesta al enigma de cómo es posible que el hombre sienta placer en el dolor. La satisfacción del deseo no origina el castigo, sino que el castigo es un placer preliminar que promete el verdadero placer, el que se supone de concretarse el deseo. El castigo promueve una erección, como la “horca” la provoca en el condenado.

La denegación del padre no se presenta aislada. Son tres los procesos de denegación con los que opera el masoquista: el anulador

del padre es uno ya que el masoquista distribuye las funciones simbólicas del padre sobre esta madre triplicada, condensada –maternal, severa y fría– y constituye un orden simbólico inter-materno. A la madre “no le falta nada”, el padre “es nada”.

La denegación “positiva, ideal y magnificadora de la madre” (Deleuze, *op. cit.* p. 72) a quien identificada con la ley, le atribuye el falo, es el segundo proceso de denegación y en tercer lugar, la denegación de la sensualidad que alcanza incluso al placer que trata de ser postergado al máximo. De esa manera el masoquista se experimenta como “el hombre nuevo sin sexualidad” (Deleuze, *op. cit.* p. 37 y 55). Suprime la genitalidad para convertir la acción masoquista en placer de renacer, un Yo partenogenético. El padre queda excluido por no tener lugar en este segundo nacimiento. Masoch lo ilustra con la figura de Cristo, no como hijo de Dios sino como Hombre Nuevo (id, *op. cit.* p. 103). Lo vemos también en la figura de Caín o en Shabtai Tzvi.¹⁰

No tener orgasmo y así renacer. Este es el rasgo perverso del masoquismo. La desexualización de Eros se acompaña de una resexualización que consecuentemente está bajo la égida de Tánatos (id. p. 120).

No podemos dejar de asociar esta desaparición del orgasmo con lo que acontece en las anorexias severas. El sujeto no experimenta hambre constituyéndose así en un ser sobrenatural que deniega y triunfa porque controla la necesidad de comer. Sabe, pero sin embargo se burla de lo que la comida instituye como la ley del padre: pertenencia y transmisión, de lo “crudo a lo cocido”.

Comentarios

El masoquismo erógeno es condición estructural de la sexualidad humana y la sexualidad humana a menudo se realiza en prácticas consensuadas. Debemos claramente diferenciar las consensuadas entre adultos, alejadas de lo que en su momento se llamó las premisas del “amor genital”, de las prácticas de abuso sexual, por ejemplo.

¹⁰ Shabtai Tzvi (siglo XVII) fue un rabino sefardí que afirmó ser el Mesías.

Es un deslizamiento epistémico desafortunado no diferenciar claramente el “mal” de la maldad, o la “perversión” de la perversidad, definida ésta por Laplanche y Pontalis –en la entrada Perversión– como “*carácter y comportamiento que indica una crueldad o malignidad extrema*”.

Freud distingue el fantasma masoquista de su realización perversa. La denominación perversión es poco feliz por su semejanza con perversidad y la condena social que convoca es también poco propicia para pensar en psicoanálisis. Está sobrecargada de sentido. Pero es la que hemos heredado de Freud.

Lo que nos ha dejado en “Pegan a un Niño” (Freud, S., 1919) es valioso para los psicoanalistas. Anuda allí el dolor, la ley y el goce cuando dice “si mi padre me pega, mi padre me ama”, articulando perversión con el padre edípico.

Valioso es también el desarrollo deleuziano.

Pensamos la perversión en tanto fantasía sexual en que se conoce pero se deniega el lugar de la Ley (también podríamos decir el Padre) que introduce una terceridad. Terceridad que el “experto en perversión” reintroduce en uno de los relatos que presentamos, cuando sugiere a la paciente que practica la hipoxifilia que abra su secreto en su análisis. Dar acceso al padre denegado puede iniciar el fracaso de la defensa masoquista. Continuar en cambio las entrevistas con el analista consultado nos parece un *acting out* puesto al servicio de establecer un contrato con características masoquistas y burlar la función del padre analista.

Hay tres líneas abiertas para pensar la perversión. La que sostiene que debemos definirla dentro de la lógica de la sexualidad perversa infantil, la que la piensa como ataque a la escena primaria y otra que considera que es conveniente llamar perversión a las características fantasmáticas que hemos descripto, las que acompañan y sostienen el goce sexual.

Bibliografía

- DELEUZE, G. *Presentación de Sacher-Masoch. Lo frío y lo cruel*. Buenos Aires, Amorrortu (2008).
- FREUD, S. El problema económico del masoquismo. Buenos Aires. Amorrortu Ediciones. V. XIX (1924).
- Pegan a un niño. Buenos Aires. Amorrortu Ediciones. V. XVII (1919).
- LACAN, J. Seminario XIV, “La lógica del fantasma”. Inédito. Clase del 31/V/67.
- LEIVI, M. Un padre es pegado. Publicado en la revista *La Peste de Tebas* N° 43, Buenos Aires (2009).
- MOGUILLANSKY, R. Las paradojas del masoquismo y la ecuación personal del analista. Reflexiones acerca de la regla de abstinencia y el derecho a autolesionarse. *Actas XXXIII Simposio anual de APdeBA*. Buenos Aires (2011).
- REIK, T. *Masoquismo en el hombre moderno*. Tomo I, Ed. Sur. Buenos Aires (1963).
- SACHER MASOCH, L. VON. *La Venus de las pieles*. Alianza Editorial. Madrid (1973).